

PREMIO PRIMAVERA DE NOVELA 2003



LA VIDA INVISIBLE

Juan Manuel de Prada

El escritor Alejandro Losada no sabía que su existencia iba a estallar en mil pedazos. En vísperas de su boda, un viaje a Chicago le permitirá conocer a Elena, una joven entusiasta y desnortada enloquecida por un desengaño amoroso, y a Tom Chambers, que le revelará la peripecia vital de Fanny Riffel, una fulgurante *pin-up* de los años cincuenta que un día desapareció sin dejar ni rastro. Alejandro se convierte así en el depositario de un doble secreto: por un lado, el desliz que lo impulsó a ofrecer a Elena algo más que consuelo; por otro, unas cintas magnetofónicas en las que la anciana Fanny desvela los pasajes más pavorosos de su biografía. Ya en Madrid, Alejandro intentará mantener en los sótanos de la clandestinidad esas regiones de vida invisible que llegó a vislumbrar en Chicago. Pero pronto esa vida invisible ascenderá, como el cadáver de un ahogado, hasta contaminar una existencia que se prometía invulnerable y halagüeña. Alejandro comprenderá entonces que nuestros actos proyectan una reverberación de culpa que nos hace distintos, gobernados por fuerzas oscuras que escapan a nuestro control. Guiado por un impulso destructivo y redentor, se zambullirá en los turbios abismos de esa vida invisible en la que Fanny y Elena, dos criaturas separadas en el tiempo y en el espacio, funden su destino trágico.

Juan Manuel de Prada —ganador del VII Premio Primavera de Novela— nos ofrece su libro más brutalmente hermoso, una novela sobre los suplicios de la culpa, la condena de los secretos y las geografías desquiciadas de la locura. Deslumbrante, emotiva, sombría, *La vida invisible* nos embarca en un viaje inolvidable, porque el recuerdo de la gran literatura es irreductible al olvido y se contagia.

*A mi padre*

**H**ay una vida invisible, subterránea como un venero, por debajo de esta vida que creemos única e invulnerable, o quizá sobrevolándola, como una ráfaga que parecía inofensiva y que, sin embargo, se inmiscuye en los huesos, dejándonos su beso estremecido. Cuando esa vida invisible nos roza sentimos por un instante que la tierra nos falta debajo de los pies. Es una impresión fugaz, un sobresalto que apenas dura lo que dura una extrasístole, lo que dura la impresión de caída en las fases de duermevela que preceden al sueño, lo que dura el contacto furtivo y viscoso de la culpa cuando mentimos atolondradamente, sin saber siquiera que estamos mintiendo y, desde luego, sin vislumbrar las consecuencias de esa mentira. Pero del mismo modo que el corazón ya restablecido guarda memoria de aquella palpitación que resintió su cadencia, del mismo modo que la vigilia alberga nebulosamente el recuerdo de aquella caída ingravida que prolongó nuestro sueño, del mismo modo que la conciencia nos aflige con una suerte de dolor retrospectivo cada vez que evocamos nuestra mentira piadosa o involuntaria, así la vida invisible que se cruzó en nuestro camino arroja su reverberación sobre nuestra vida física, que creíamos indemne y a salvo de zozobras. A veces, esa vida invisible adquiere la textura prolija e intrincada de un tapiz, a veces la envolvente diafanidad de una gasa; cuando rozamos muy sutilmente su tejido nos replegamos, pusilánimes o escarmentados, como el caracol

se repliega en su concha, pero a nuestro refugio nos llevamos para siempre la reminiscencia de ese contacto que es vívido y perdurable como una culpa que se pudre, obstinado como esos secretos que hubiésemos preferido no llegar a conocer.

Aunque luego finjamos que esos secretos nunca nos fueron revelados, su compañía nos atosiga y atormenta para siempre. A la postre, el secreto, que creíamos recluso en las mazmorras del remordimiento, aislado en esas bodegas que la vida invisible excava en nuestro pasado, indescifrable para quienes nos rodean, acaba mostrándose como el ahogado acaba ascendiendo a la superficie del agua después de haber anidado un tiempo en el lecho del río, enredado entre el légamo y las algas. Sólo que, para entonces, el ahogado se ha convertido en un amasijo de carne corrompida, mordisqueado por los lucios que hallaron en él su pitanza y convirtieron su fisonomía en un borroso y nauseabundo jeroglífico. También los secretos, como los cadáveres de los ahogados, acaban mostrando su rostro de pavorosa hinchazón, tarde o temprano. A veces es la vibración que produce un cañonazo (el estrépito de un acontecimiento súbito e impremeditado) lo que los devuelve a la superficie; a veces es la propia descomposición, que esponja los tejidos celulares (la inercia de los días, que perverte y hace fermentar ese secreto) convirtiendo el cadáver del ahogado en una vejiga abotargada que vuelve a flotar. De un modo u otro, el secreto que creíamos a buen recaudo, sumergido en las catacumbas de la vida invisible, termina acatando ese designio de ascensión que le dicta la fatalidad, y entonces su descubrimiento (su anagnórisis, si empleamos la jerga de las tragedias clásicas) desata el enojo desconcierto, la ofendida perplejidad, el aturdido horror, también la enconada desconfianza de quienes se consideran con razón traicionados. Quizá el descubrimiento del secreto posea un benigno efecto de catarsis sobre quien, en su día, prefirió mantenerlo prisionero en su conciencia,

pero ese alivio nunca compensa las penalidades posteriores, que incluyen reproches no formulados e irrespirables silencios cuando se sucede el curso pesaroso de los días, sobre los que gravita el cadáver de nuestra traición, oliendo a carne que se pudre.

Todo este largo exordio para reconocer que había traicionado a Laura. La había traicionado sin llegar siquiera a traicionarla, porque las circunstancias me lo impidieron, pero mi deslealtad fallida, que yo había pretendido confinar en los sótanos de la vida invisible, creyendo que allí moriría por asfixia o inanición, había echado raíces como la semilla que anhela ser árbol, se había ramificado en mil imprevistos renuevos, había crecido con esa pujanza que tienen algunas hierbas un poco antes de hacerse maleza, un poco antes de hacerse impenetrable bosque. Y ahora la vida invisible que latía bajo tierra me oprimía con su abrazo de bosque sin salida, y me obligaba a rendir mi resistencia con esa especie de anticipación lúgubre y resignada con que aceptamos lo irremediable.

—¿La has oído? —me preguntó Laura—. ¿Has oído cómo grita?

Yo no había oído nada, quizá porque estaba abstraído en mis cavilaciones, que eran la ratonera donde se debatía mi culpa. Nos hallábamos en un pasillo de hospital, alumbrado por la luz impávida y cenital de unos fluorescentes que parecían dispuestos para diseccionar cadáveres; las butacas, de algún crepitante material acrílico, no se ahormaban al molde del culo; el suelo recién encerado mostraba esas cicatrices o rasguños que las suelas de goma dejan sobre las superficies pulimentadas; la temperatura y la humedad eran vigiladas por artilugios demasiado similares a cámaras ocultas y hasta se oía una musiquilla ambiental que aspiraba a aplacar el nerviosismo de quienes aguardaban el veredicto del quirófano. Todo ello convertía el lugar en un ámbito aséptico, ahuyentado de sombras, confortable y nauseabundo como un sueño de morfina. Me atreví, por

primera vez desde nuestra llegada al hospital, a contemplar largamente a Laura, que tenía ese aspecto derrengado y fúnebre de los maniquíes que han sido apartados del escaparate y arrumbados en la trastienda de unos grandes almacenes. Seguramente mi aspecto era más o menos el mismo.

—Ahora sí. Escucha.

Era un grito lejanísimo, un alarido prolongado y sin embargo nada pavoroso, casi me atrevería a decir que exultante. Habíamos llegado al hospital a la carrera, cuando Elena ya navegaba por los laberintos de la inconsciencia, allá donde el dolor no se distingue demasiado del abandono que precede a la muerte. Había roto aguas y su vientre se abombaba, tenso y expectante como la piel de un tambor. El olor del líquido amniótico enguantaba mis manos, era un olor ancestral, casi febril, como de unguento anterior a las sofisticaciones de la cosmética. Me sorprendió su transparencia ambarina, muy distinta de la tonalidad sanguinolenta que yo había imaginado. Mientras la ambulancia nos conducía alocadamente al hospital, contemplaba ensimismado el vientre grávido de Elena en contraste con sus piernas casi reducidas a la osamenta, aquellas piernas que yo había llegado a acariciar muy someramente, cuando aún eran blandas y codiciosas. Contemplaba cómo el líquido amniótico empapaba su pantaloncito de cuero y cómo extendía su mancha sobre la camilla, como una flor parsimoniosa que se despereza. Elena no pronunciaba una sola queja, se limitaba a mirarme con una expresión beatífica que sublimaba el dolor, con ese gesto pasmado que se les queda a quienes, después de haber recorrido los pasadizos de la locura, contemplan por fin la quimera que han concebido entre alucinaciones. El conductor de la ambulancia tomaba las curvas sin reducir la velocidad, la noche se estrechaba en el parabrisas, velocísima y escoltada de farolas. A cada frenazo, a cada viraje brusco, a cada acelerón, el cuerpecillo de Elena se desmadejaba sobre mí. Sus últimos ves-

tigios de fortaleza los empleaba en protegerse el vientre con ambas manos, pero no conseguía oponer resistencia a las sacudidas y zarandeos del viaje. «Es nuestro hijito, es nuestro hijito que viene», empezó a musitar, entre las neblinas de la inconsciencia, y ya no cesó de repetir estas palabras, cada vez más inconexas y entrecortadas, hasta que llegamos al hospital. Laura me escrutaba con una mirada que no acusaba ni juzgaba, pero tampoco llegaba a comprender del todo. El olor cálido de aquel líquido por el que parecía derramarse la vida —la delgadísima, escuálida vida— de Elena embriagaba el aire.

—Pobrecilla, no sé de dónde sacaré fuerzas para gritar tanto —se lamentó Laura.

La oíamos gritar muy a lo lejos, como si su voz nos llegase en jirones después de haberse erosionado en las esquinas del aire. Quizá las sucesivas paredes que su voz se iba tropezando en el camino aligerasen de dolor sus gemidos, quizá la distancia borrara las aristas de ese dolor, pero lo que llegaba hasta nosotros era más bien el eco de un júbilo. Desgarrado, y hasta agónico si se quiere, pero júbilo a fin de cuentas. Y ese fondo de alegría casi animal que enaltecía sus gritos era lo que los hacía más estremecedores. Sabíamos que Elena estaba pariendo sin anestesia, saboreando sin lenitivos la lenta destilación del dolor: cuando llegamos al hospital, ya no quedaba tiempo para preparar la inyección epidural, mucho menos para aguardar sus efectos. A la luz impía de los fluorescentes, la postración y el deterioro de Elena se hicieron más notorios y lacerantes: el cabello que había sido rubio enmarañado como un estropajo, los labios embadurnados de un carmín ofensivo, la piel macilenta y, sobre todo, aquella delgadez de radiografía, aquel cuerpecillo de cigüeña pisoteada apenas velado en su desnudez por unos andrajos que delataban la naturaleza infamante del oficio al que la habían arrastrado la locura y el amor desesperado. Cuando por fin apareció el médico de guardia, ataviado con la bata verde de las operacio-



nes, Elena ya había iniciado las contracciones de expulsión; las sábanas de la camilla no tardaron en quedar profanadas por aquel flujo de imperiosa vida que se le escapaba entre las piernas. El médico trató de apaciguarla enjugando el sudor de su frente con una mano quizá exhausta de improvisar operaciones de urgencia. Elena se arqueaba y su vientre adquiría una plenitud túrgida, casi inverosímil, como de planeta a punto de salirse de su órbita. Antes de que la vida invisible irrumpiera en mi medrosa vida y la desbaratase, la mera premonición de la sangre me producía mareos; ahora, en cambio, la brusca hemorragia que se extendía sobre las sábanas de la camilla no me ofendía la vista, más bien ejercía sobre mí un efecto balsámico, casi hipnótico.

—Será mejor que no entren —resolvió el médico—. Será un parto muy difícil, ya es demasiado tarde para anestesiar.

Un par de enfermeras habían rodeado a Elena, brindándole sus brazos para que tuviera algo donde aferrarse e interrumpiera sus manoteos. Una sonrisa dócil se había coagulado en sus labios, como una máscara contra el dolor; entre las nieblas del desvanecimiento me miraba y musitaba: «Es nuestro hijito, es nuestro hijito que viene». Aquella letanía, repetida machaconamente, me increpaba como una condena. Y se trataba, además, de una condena sin apelación posible, porque la vida invisible lo había dictaminado así, y contra los veredictos de la vida invisible no valen recursos ni coartadas. Nuestro silencio —tan irresoluto, o quizá compungido— había llegado a exasperar al médico; el camillero, a una indicación suya, ya empujaba a Elena a través de pasillos que parecían la antesala de un patíbulo, hasta hacerla desaparecer detrás de una de esas puertas de doble hoja que se quedan batiendo durante minutos porque no hay un quicio que las detenga, como agitadas por corrientes de aire o por los efluvios de algún pecado. El vaivén de aquellas puertas, al principio impetuoso y chiriante, luego cansino, me sirvió de distracción y también

de escapatoria para no afrontar la mirada de Laura, que había adoptado esa expresión llena de cansada dulzura de las estatuas. Después, los gritos del parto, amortiguados por la distancia, nos habían brindado un motivo de diálogo que soslayaba otras inquisiciones más enojosas. Pero los gritos se interrumpieron de súbito, como si alguien los hubiese estrangulado con un hilo de bramante, y los fluorescentes volvieron a imponer su música sin melodía. El silencio era alto y hostil como un acantilado de hielo.

—¿Recuerdas que fui yo quien te obligó a que no cancelaras tu viaje a Chicago? —dijo Laura, que parecía adivinar la deriva de mis pensamientos.

Siempre me había atemorizado ese don innato de Laura para inmiscuirse en los pensamientos ajenos. Poseía dotes adivinatorias que la emparentaban con las sibilas, lo que hacía más penosamente estériles mis esfuerzos por guardar secretos o aliñar mentiras piadosas.

—Di —porfió—. ¿Lo recuerdas?

No podía olvidarlo. Su insistencia había actuado a modo de sortilegio, invocando esa vida invisible que hasta entonces se había mantenido a buen recaudo. El silencio volvía a oprimirnos con su presencia de cadáver tumefacto.

—Claro que lo recuerdo. Me propusiste que matara las horas callejeando por Chicago, buscando su secreto. Todas las ciudades reservan un secreto, me dijiste. Sólo hay que saber buscarlo.

Entonces llegó hasta nosotros, al principio acuciado de balbuceos, luego terso y afilado como un puñal, el llanto de un recién nacido. Era un llanto que crecía sobre sí mismo, tozudo como las olas que insisten en su acoso a una playa. Durante siete meses, aquel niño había crecido hostigado por el frío, devastado por las hambrunas que habían dejado a su madre reducida al esqueleto (pero en el vientre guardaba un último rescoldo de fe), envilecido por el trasiego de hombres de fisonomía borrosa que ensuciaban a su madre con su hastío o su lujuria. Durante siete meses, había

sobrevivido al peregrinaje destructivo de su madre, había crecido con esa obstinación aterida que bendice a los supervivientes, y ahora que por fin respiraba el aire enemigo lo vencía con su llanto, lo despreciaba con su llanto, lo injuriaba con su llanto.

—Todas las ciudades reservan un secreto —repitió Laura en un susurro—. Tú lo descubriste, pero no podías imaginar que te siguiera los pasos.

Al fondo del pasillo, las puertas de doble hoja volvieron a batir con ímpetu, como si las hubiera golpeado aquel llanto que crecía con huraño alborozo, engraido de proclamar su existencia.

LIBRO PRIMERO  
EL GUARDIÁN DEL SECRETO

---

**P**ero quizá deba comenzar esta historia contando cómo desvelé el secreto que Chicago me tenía reservado, el secreto que me permitiría escribir un libro y asomarme a una vida que ni siquiera sospechaba. Fue allí, en aquella ciudad pálida de miedo, donde sentí por primera vez la pululación de la vida invisible, mientras callejeaba por sus avenidas deshabitadas, siguiendo la pista de una anciana llamada Fanny Riffel. Con la certeza que otorga la distancia, comprendo ahora que aquella pululación (que yo creía pasajera e intrascendente) constituyó en realidad un aviso o premonición de lo que vendría después, un presagio de la cadena de azares que perturbarían mi existencia más o menos plácida y confiada. Y ahora que me dispongo a recapitular esa cadena de azares, vuelve a mi recuerdo la mirada de Fanny Riffel, seguramente porque esa misma mirada que parecía venir desde muy lejos, desde más allá de las telarañas de la locura, la vería luego repetida en los ojos de Elena, la mujer que vino a mi encuentro para recordarme que nada se hace impunemente, ni siquiera los actos que no llegan a consumarse, ni siquiera los deslices más nimios o vergonzantes que creíamos confinados en las mazmorras de la clandestinidad.

Nada hubiese resultado más natural que acordar una suspensión con los organizadores de mi conferencia en Chicago, por lo demás bastante lánguidos o pasotas, pero fue la propia Laura quien me incitó a respetar el compromiso

adquirido; supongo que en su actitud subyacía un afán por demostrarme que nuestra próxima boda no iba a perjudicar mi dedicación a la literatura. Confesaré que aquel viaje a Chicago —como solía ocurrirme con cualquier infracción de mi sedentarismo— ya me asustaba como una tortura aplazada antes de que mi noviazgo con Laura se consolidase, pero cuando por fin el cura de nuestra ciudad levítica nos adjudicó una fecha para ratificar nuestros esponsales la zozobra que me producía el viaje trasatlántico quedó empuñada o aplastada por el miedo paralizante que me ocasionaba la renuncia a la soltería. Y, de repente, a esos miedos más o menos íntimos o inconcretos se sumó —anegándolos, anulándolos— el horror televisado, el horror como una eucaristía sacrílega, repartido por todos los rincones del mundo.

—Ahora ya no tienes disculpa. Tienes que viajar para palpar de cerca ese horror.

La voz de Laura había sonado acuciante, como urgida por una trepidación que intentaba sobreponerse a la consternada perplejidad. Durante horas habíamos permanecido absortos ante el televisor, rumiando aquellas imágenes que atentaban contra la verosimilitud e instauraban el apocalipsis. Dos aviones descarriados se habían clavado en las Torres Gemelas de Manhattan como cuchillos en la mantequilla. Un humo de horno crematorio, espeso por la combustión de tantas y tantas almas pilladas desprevenidamente, se extendía sobre el cielo de Nueva York. Los rascacielos heridos se tambaleaban ante el ojo impávido de la cámara, habían perdido esa petulancia esbelta de las arquitecturas que se atreven a hacer cosquillas a Dios en las plantas de los pies. En los pisos más elevados, allá donde las Torres Gemelas se convertían en piras funerarias, se apiñaba en las ventanas una multitud que clamaba en vano por su rescate, tremolando pañuelos y lanzando deprecaciones o súplicas sin destinatario. El escrutinio lejanísimo de la cámara impedía discernir sus aspavientos de angustia, sus rasgos

tizados o lívidos por los primeros síntomas de la asfixia, su desesperación de insectos que hormigean en busca de una escapatoria que no existe. Parecían insectos despojados de alas, un enjambre de insectos acorralados en las galerías ciegas de su colmena, pero eran hombres clamando por una salvación imposible, hombres y mujeres con su equipaje de humanidad sobre la espalda, con sus pecados y sus anhelos y su genealogía interrumpida. Hombres y mujeres que en el mismo instante en que el beso calcinado del humo les arrebatara la respiración contemplarían retrospectivamente, como en un gigantesco Aleph, su existencia mortal y ya pretérita: quizá alguno recordase aquella carta que nunca envió a su destinatario y que ahora quisiera franquear y depositar en un buzón, a modo de despedida casi póstuma; quizá otro recordase que había dejado un fuego de la cocina encendido, y ese recuerdo invasor y absurdo le impidiera dedicar sus últimos segundos conscientes a la evocación de sus hijos, huérfanos para siempre; quizá otro más, en su búsqueda perentoria de un interlocutor o confidente, teclease en su teléfono móvil una combinación aleatoria de números que no se correspondiesen con ninguna de las combinaciones que guardaba en la memoria o en la agenda, y estuviese despidiéndose de una persona anónima, dedicándole palabras con vocación de testamento que se perderían en el aire como pavesas o briznas de hierba, palabras como semillas estériles revoloteando en un torbellino de angustia. Y habría otros, en fin, que impetrarían al cielo la gracia de una suspensión o un aplazamiento de su condena, una porción de tiempo suplementario que les permitiese concluir una tarea inacabada, quizá tan sólo unos días para retirar una demanda de divorcio y buscar una reconciliación imposible con el marido que desertó de casa, quizá tan sólo unas horas para acompañar a sus hijos a la escuela, quizá tan sólo unos minutos para confesarle a una secretaria de la oficina contigua su insensato amor. Pero el cielo, de quien son los siglos y el tiempo, no les otor-